

VIII

Partida para París. — La gran ciudad en 1856. — Huertas donde se encuentra ahora el Grand Hôtel. — Tierras incultas alrededor del Arco de Triunfo y boulevard Malesherbes. — Los pueblos de Montmartre, de Passy y de Auteuil fuera de París. — La terminación del Louvre. — Visión lejana del Observatorio. — Año de prueba. — La Asociación política. Aprendo el inglés. — Paseo por el antiguo París

Pero era preciso partir para París donde debía decidirse definitivamente mi suerte. Una diligencia me condujo a Donjeux, estación de la línea entonces en construcción de Blesmes a Chaumont, y de allí seguí a Blesmes, sobre la línea de Estrasburgo a París. Era el jueves 4 de septiembre de 1856. Tomé asiento en un compartimiento poco lleno de gente de un vagón de 3ª clase de aquella época y cuyos herrajes hacían mucho ruido, que yo no oía apenas, porque me pasaba casi todo el tiempo asomado á la ventanilla.

Al llegar, hacia las cuatro de la tarde, a este París maravilloso y gloria del mundo, esperaba un deslumbramiento de palacios y de miles esplendores. Las casas del arrabal de San Martín, que bordean la línea de llegada, eran más bien grises y sucias, y

este aspecto de la brecha de la estación del Este no ha cambiado sensiblemente desde entonces; sin embargo, aquellas casas me parecieron de una altura desmesurada. A la salida del tren, no tuve tiempo de sentir ninguna inquietud, porque caí en los brazos de mi padre, de mi hermana y de mi hermano que me esperaban.

¡Cuánto pueden cambiar a los seres dos años solamente! Mi padre había envejecido mucho, mi hermana había crecido y yo había crecido igualmente; mi hermano era el que había cambiado menos. Creo que si no nos hubiéramos buscado o si hubiéramos estado separados un poco de tiempo por una circunstancia cualquiera, no nos hubiéramos reconocido. Pero apenas pasados cinco minutos de estar juntos, ya nos pareció que no nos habíamos separado jamás. Yo llevaba por todo equipaje un pequeño paquete, porque había dejado en Langres mis diccionarios, mis atlas y mis grandes libros. Todos los cuatro descendimos a pie por el boulevard Estrasburgo y seguimos después por los grandes boulevares, pues mis padres habitaban en el boulevard de los Italianos, nº 47, donde mi madre nos esperaba. Desde el primer momento tuve así una vista de París y una impresión digna del asunto. Pero aquellos no eran los esplendores soñados: era más bien extrañeza, especialmente por la agitación de la gente y por el número y ruido de los carruajes. ¡Qué contraste con la calma y el silencio en cuyo seno se había deslizado tranquilamente mi vida hasta entonces!

Mi padre ocupaba allí, en la fotografía Tournachon-Nadar jeune y Compañía, un pequeño empleo bien modesto, y nuestro alojamiento para cinco per-

BIBLIOTECA ALEXANDRINA
U. A. N. I.

sonas estaba reducido a la más mínima expresión. Fué preciso buscar inmediatamente, en la vecindad, una buhardilla para los dos varones. Al tomar parte en aquella miseria, comprendí el mérito ganado por mis padres en haberlo sacrificado todo al honor y haber vendido todo lo que poseían en los días de su comodidad, para pagar á sus acreedores, en lugar de hacer como otros muchos que, arruinados por los acontecimientos, huyen con el peculio que les queda sin preocuparse ni de su conciencia (que, sin duda, no les molesta), ni de la opinión pública, y sentí que, al darme los dos aquel ejemplo de energía y del trabajo, me mostraban mi propio deber.

Pero la juventud es una luz. A los catorce años se vive todavía un poco como las plantas al sol, sin pensar en el tiempo del mañana, en las nubes, ni en las tempestades. Y después estábamos en vacaciones, y yo estaba en París. Ahora bien, en la sala de estudios del cura de Montigny había un gran plano de París, y yo lo había estudiado con cuidado la semana anterior, primero para ver en qué barrio habitaban mis padres y después para conocer en conjunto la gran ciudad. Por este motivo conocía yo tan bien aquel plano, que podía dirigirme por París sin preguntar a nadie, lo cual parecía extraño, porque todos los provinciales saben cuánto miedo tienen de perderse en la capital los recién llegados.

Al día siguiente mismo de mi llegada, pedía a mis padres el permiso para conducir a mis hermanos a la catedral, y al Jardín de Plantas, donde almorzaríamos, para volver después por la Bastilla y los grandes boulevares. En efecto, partimos, llevando nuestro almuerzo en los bolsillos (pan, pasas y nueces), y,

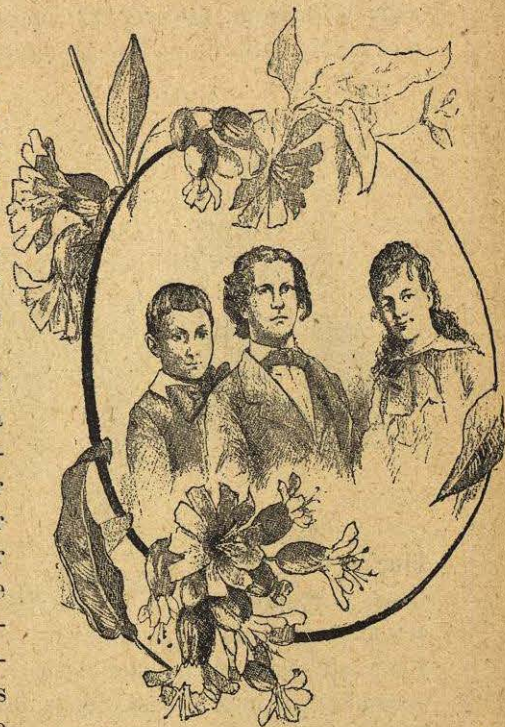
directamente, y sin separarnos del camino recto, realizamos nuestro programa. La catedral abrumó mi pensamiento por su inmensidad. El Sena me pareció el primer río del mundo. Nuestras pequeñas piernas estaban ya un poco fatigadas, cuando llegamos al cedro del Líbano, y nos sentamos en el laberinto para almorzar.

¡Qué apetito!

Los restos de la mesa no hubieran podido ser encontrados por nadie, ni aun por los gorriones de las inmediaciones. Creo recordar que después tuvimos un poco

de sed. ¿Qué hacer? Felizmente había una fuentecilla allí cerca.

El elefante, el hipopótamo, la jirafa, la fosa de los osos, la serpiente boa, las cocodrilos y los monos nos llamaron la atención, cada cual a su manera, como seres que no se habían visto jamás y de los que no se tiene una idea muy precisa. Lo que llamó más nuestra atención juvenil, fué, según creo, el gigan-



BIBLIOTECA ALFONSO X
U. A. N. I.

tesco esqueleto de la ballena, expuesto en el patio de un viejo edificio. En esta primera visita general, tuvimos la impresión de haber hecho un viaje a los países más lejanos y hasta el fondo de los mares. Al salir de la verja, me prometí continuar los estudios de historia natural que había empezado en Langres,



con el ingenuo Pluche, con Louis - Cousin - Despréaux, con mis crisálidas del jardín de mi casa de huéspedes y con mis fósiles de la Côte-La-Biche.

Cuando volvimos a casa por la tarde, después de haber admirado la columna de la Bastilla, coronada por el Genio de la Libertad, el Château-d'Eau con sus leones (que desaparecieron después), la puerta de San Martín y la de San Dionisio, comimos con un irremediable apetito y no nos costó trabajo caer poco después en un profundo sueño.

Durante una quincena, todos los días se pasaron en visitar a París. Los órganos de San Eustaquio me

encantaron, y desde el primer domingo fuimos allí a oír la misa y las vísperas, porque pasaban por ser los mejores órganos del mundo. En seguida llegó el turno a la torre de San Roque, nuestra parroquia; visitaba igualmente las principales iglesias, y me acuerdo que la Magdalena y Notre-Dame-de-Lorette me produjeron una penosa impresión; no tenían de iglesia más que el nombre, y me parecía que la fe no podía encontrar allí su refugio ni por un solo instante. La más humilde iglesia de un pueblo produce una impresión muy distinta. Y después, la verdadera arquitectura religiosa es el ideal estilo gótico, que se eleva misteriosamente hacia el infinito. En los Inválidos, me conmovió el féretro de Napoleón, que estaba expuesto en una capilla ardiente tal como se le había colocado al regreso de los restos, en 1840, y que esperaba que el sarcófago de mármol fuera terminado en el centro de la iglesia.

Tres observaciones muy curiosas me quedaron presentes en aquella primera visita de París. La primera, es la constitución geológica de las piedras de los muelles, sobre las que se ven las conchas fósiles de los terrenos jurásicos, de que he hablado anteriormente, y que bordean el Sena por una especie de historia de los tiempos antiguos. La segunda, es una admirable puerta esculpida del palacio del Louvre, que da sobre el muelle (no lejos de la legendaria ventana llamada de Carlos IX), por debajo de la que se había tenido la audacia de poner una magnífica placa de mármol, llevando, en letras doradas, estas palabras: ÉCURIES DE L'EMPEREUR. Una tal falta de gusto echaba por tierra todas mis ideas. ¡Y era en plena capital de Francia donde se permitía una tal

BIBLIOTECA NACIONAL
 U. A. N. L.

ignominia! La tercera observación fué el timbre de los ómnibus, para notar la subida de cada viajero, sea al interior, sea a la imperial. Estos timbres me parecieron de una cacofonía irritante. Me parecía que hubiera sido más lógico dar un sonido más elevado a los de la imperial que a los del interior, mientras que muy frecuentemente la llegada de un viajero superior era anunciada por un sonido más bajo que la del inferior. Después, decía yo para mí, ¿por qué no se ha adoptado el *la* del diapasón para esos timbres, siendo el de los viajeros de la imperial una octava más altos? Me pareció que la lógica no regía todas las acciones humanas y que, con un poco de reflexión solamente las cosas hubieran estado fácilmente mejor arregladas. Mi opinión de que París debía ser una ciudad perfecta continuaba vacilando. Seguramente la lógica ha desaparecido. ¿No llaman el « puente nuevo » al más viejo de París por su arquitectura?

Un día que estuve á visitar el Museo de Luxemburgo, entonces incorporado en el palacio y que yo admiraba el jardín, observé a lo lejos en la bruma luminosa del sur, la silueta gris del Observatorio. Fui hasta allí, siguiendo la avenida de castaños abierta por Napoleón en 1811, y que a su extremidad sur estaba bordeada de terrenos vagos, pasé por delante de la estatua del mariscal Ney, elevada en 1853 en el punto donde fué fusilado el bravo soldado, el 7 de diciembre de 1815, y que, en 1894, fué trasladada enfrente (por la prolongación de la línea férrea de Sceaux) y llegué delante de la verja que me pareció encerrar una especie de misterioso castillo fuerte. Su formidable aspecto me llenó de terror, después de las lindezas del jardín de Luxemburgo, adornado de

las estatuas de las reinas de Francia. Buenos deseos tenía de entrar y preguntar al conserje si se podía visitar aquel templo del cielo, sus vastas salas y las cúpulas que lo dominaban, pero no me atreví y volví a mi barrio, pensando en la vida gloriosa de los sabios que tenían la dicha de trabajar allí.



Primera visión del Observatorio.

En aquella época, París difería sensiblemente de lo que es hoy. En primer lugar contaba doce distritos en vez de veinte y terminaba en la barrera del Infierno, detrás del Observatorio, en el Arco de Triunfo de la Estrella, en el Trocadero, en la Escuela Militar, en el puente de Austerlitz, por debajo de Ménilmontant, de

BIBLIOTECA ALFONSO DE
 HERRERA Y ALFONSO DE
 U. A. N. I.

Belleville y de Montmartre, en la plaza de Clichy, de sangrienta memoria desde 1814 y 1815, etc. Passy y Auteuil con sus parques y sus jardines, Grenelle, Vaugirard, etc., eran comunas o grandes pueblos fuera de las fortificaciones y de los derechos de consumo; no hacía mucho tiempo que M. Levallois había construido las primeras casas de la población limítrofe de París que lleva su nombre y cuenta cincuenta mil habitantes; las inmediaciones de la fortificación (actualmente boulevares exteriores) eran, casi por todas partes, jardines y terrenos vagos, las grandes arterias modernas tales como el boulevard Sébastopol, el boulevard del Palacio, el boulevard San Miguel, el boulevard Port-Royal, el boulevard San Germán, la avenida de la Ópera, la rue Soufflot, etc., no estaban abiertas; existían entonces en dichos barrios una cantidad de callejuelas que se entrecruzaban y las carreras eran más largas y más complicadas; la Cité era entonces casi como ha sido descrita por Eugenio Süe en sus *Misterios de París*; sobre los grandes boulevares y enfrente de la rue de la Paz, donde admiramos ahora la plaza de la Ópera, había jardines, entre otros el famoso concierto Musard, célebre también por la belleza y las aventuras de Mme Musard; el boulevard de Capuchinos estaba limitado al norte por la rue Basse-du-Rempart, de la que no queda más que una casa, sobre una pendiente que queda como último vestigio de las fortificaciones de tiempos de Luis XIV; detrás de esta calle, donde se elevan hoy la Ópera, los ricos inmuebles de la rue Auber y el Grand-Hotel, me acuerdo haber visto huertas y haber cogido en ellas grosellas; por allí pasaba un pequeño riachuelo, que se llamaba el

arroyo de Menilmontant y de la Grange-Batelière; es la corriente de agua subterránea, bastante fuerte en las épocas de las crecidas del Sena, que pasa a través de los guijos y marca el brazo secundario prehistórico



Montmartre en 1856.

del Sena, que se extendía en curva desde la plaza de los Vosgos al faubourg Montmartre, a la puerta de Saint-Honoré y al Cours-la-Reine. Esta corriente de agua pasa por debajo de la Ópera. Del lado del parque Monceau y del Arco de Triunfo de la Estrella, se estaba

BIBLIOTECA ALFONSO X
 U. A. N. I.

en *campo libre*. Hablo del año 1856, como si dijéramos de ayer. Recordemos que un poco más atrás de dicha época, a mediados del siglo XVI, ciertos burgueses de París iban al campo a la Grange-Bate-lière, de que acabamos de hacer alusión, donde encontraban praderas y un retiro campestre en el emplazamiento actual del carrefour de Châteaudun! Pero volvamos al año 1855. Entonces, Montmartre era una comuna del departamento del Sena, fuera por consiguiente de París, sus molinos se hallaban en plena soledad, como lo recuerda el dibujo de Louis Marvy publicado por Georges Cain en su libro sobre *Les Pierres de Paris*, y las fortificaciones estaban a sus pies. El boulevard Malesherbes fué trazado en 1860 a través de los terrenos vagos, y su primera casa (el n.º 35), fué construída en 1861 por el marido de una persona que tengo el honor de contar hoy entre mis relaciones (Mme Cavaré, uno de los primeros miembros fundadores de la Sociedad astronómica de Francia, en 1887). Se construía la plaza del Palacio Real y el ala del edificio del Louvre que sigue la rue de Rivoli, así como el pabellón de Flora, al borde del Sena; nadie ignora que, hasta el segundo Imperio, la plaza del Carrousel estaba, en parte ocupada por un pueblo con numerosas casas, calles e iglesia: estos últimos vestigios no desaparecieron sino en 1856. Se trabajaba entonces en reunir el Louvre a las Tuileries, acontecimiento que fué conmemorado sobre dos placas de mármol negro colocadas a cada lado de la puerta del patio del Louvre que mira a las Tuileries. La de la izquierda decía:

1541. FRANÇOIS I^{er} COMMENCE LE LOUVRE

1564. CATHERINE DE MÉDICIS COMMENCE LES TUILERIES

y la de la derecha:

1853-1856. NAPOLÉON III RÉUNIT LES TUILERIES AU LOUVRE

La placa de la izquierda subsiste todavía; la de la derecha ha sido totalmente borrada. Además, hubiera sido preciso añadir:

1871. LA COMMUNE DÉTRUIT LES TUILERIES

Napoléon III y Haussmann edificaban una verdadera capital, armoniosamente dibujada. Ni siquiera se figuraban que un día (1908) se desfiguraría la magnífica perspectiva de los hoteles con que rodeaban la plaza de la Estrella, con la adjunción de un bazar americano que los domina, así como el perfil de la rue de Rivoli, ni que se pondrían por todas partes, a troche y moche, y por razones políticas, estatuas y bustos, y que se haría una necrópolis del encantador y grandioso Luxemburgo. Debe sin embargo haber todavía en el Ayuntamiento hombres de gusto y cuidadosos de la belleza de la capital de Francia.

¡Si París sigue siendo todavía la más bella ciudad del mundo, no se debe seguramente a sus administradores!

A propósito del París desaparecido, se puede citar la industria de los aguadores, que subían el agua a todos los pisos. Entonces se creía absolutamente que sería siempre imposible conducir el agua mecánicamente a las habitaciones.

Después de unos quince días de vacaciones y de paseos por París con mi hermano y mi hermana, mis padres me hicieron entrar en la capilla de San Roque, donde yo prestaba los mismos servicios que en Langres, donde continuaba mis estudios, empezando por

BIBLIOTECA ALEJANDRINA
PLAZA DE LA ESTRELLA
T. A. N. 1.

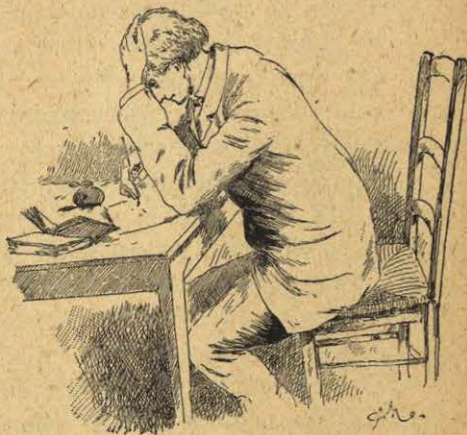
el tercer año, y donde tenía la ventaja de mi almuerzo diario. Pero no tardé en reparar que allí no se trabajaba nada y que empecé a aburrirme desde la tercera semana. Esta capilla era excelente bajo el punto de vista musical, pero demasiado descuidada con respecto a los estudios clásicos. Yo perdía allí el tiempo. Hice entonces miles esfuerzos para obtener mi admisión en el pequeño seminario de París, en Saint-Nicolas-du-Chardonnet; pero la administración exigía el precio de una pensión, un ajuar completo y qué sé yo cuántas cosas, como entrada y fué imposible conseguirlo: no teníamos para ello ningunas relaciones en París. Y por tanto, era preciso vivir. ¿Qué partido tomar? ¿Qué oficio escoger? ¡Sin protectores, sin apoyo! Yo tenía algunas disposiciones para el dibujo y, no sin pena, se encontró donde colocarme como aprendiz en casa de un grabador cincelador, donde se me alojaba y mantenía.

Esto era en el invierno de 1856-57, situación que duró el resto de 1857, hasta el invierno de 1857-58. ¡Rudo aprendizaje de la vida! Yo estaba mantenido con una economía digna de los espartanos, y alojado miserablemente en una pequeña buhardilla.

El trabajo era duro y los pedidos eran frecuentemente apremiantes; se trataba de transportar dibujos de adorno en bandejas o vasos de plata y cincelarlos o grabarlos apoyando las superficies sobre un fondo de betún, limpiarlos en seguida, llevarlos, etc., había en aquello mucho comercio, pero poco arte y ningún ideal. Los aprendices estaban naturalmente encargados de los trabajos más duros, tales como la limpieza y las carreras; el dibujo y el cincelado no venían sino después. Este género de existencia no me satisfacía

absolutamente nada. No conseguía descubrir a qué porvenir intelectual podría conducirme aquella carrera.

Afortunadamente, la filantropía había creado ya en París las clases gratuitas nocturnas de la Asociación politecnica. Me acordaba que mi compatriota Diderot, nacido en Langres en 1713, había empezado por ser cuchillero y me decía también que su amigo d'Alembert era un niño encontrado en las escalinatas de una iglesia. ¿Por qué no podría yo como ellos, entregarme a tra-



bajos intelectuales que me emancipasen? Sentía una imperiosa necesidad de completar mis estudios, sobre todo en las matemáticas, el álgebra y la geometría excesivamente descuidadas en Langres. Quería también conocer la lengua inglesa, porque alimentaba la esperanza de hacerme bachiller y, además del latín, en el que yo estaba suficientemente avanzado, se exigía el conocimiento de una lengua viva. En un año, por el método Robertson, supe bastante inglés para leerlo tan fácilmente como el francés.

Las clases de la Asociación politecnica me parecieron tan útiles que tenía desde que empecé a estudiar en ellas un sincero reconocimiento por sus profesores,

BIBLIOTECA ALEJANDRINA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
U. A. N. E. I.

prometiéndolo más tarde, si la suerte me favorecía.

Como tenía mis noches libres, pude avanzar bastante pronto en mis estudios. Jamás me acostaba antes de media noche y me servía más de una vez de la claridad de la luna para leer y escribir, por no tener siempre a mi disposición ni un cabo de bujía. ¡Pero a los catorce ó quince años no se piensa en todas esas comodidades! Encuentro que es una gran dicha trabajar según sus gustos, instruirse, resolver problemas, comprender la enseñanza matemática, ser expedito en el trabajo y ser el primero de la clase sin que nadie lo sepa. No, la pobreza, y hasta la miseria no impiden la dicha. No se tiene tiempo de pensar en ellas y, en suma, ¡es necesaria tan poca cosa para vivir y se duerme tan bien cuando se cae extenuado de fatiga!

Cuando encontraba en la calle grupos de colegiales, los miraba con envidia, diciéndome: « ¡Qué felices son en poder trabajar todo el día, cuando yo no tengo más que la noche! ¿Sabrán apreciar su dicha? »

Yo trabajaba de quince a dieciséis horas por día.

Pero preciso es creer que yo no tenía todavía demasiado qué hacer, porque me puse a estudiar la fisiognomía, la frenología, los sistemas de Lavater, de Gall y de Spurzheim, y a dar a los obreros cinceladores del taller consultas que parecían interesarles mucho, y que a mí me interesaban más aún, dadas sus singulares diferencias de cabezas físicas y morales.

Hablaba algunas veces con los otros aprendices sobre la elección de una carrera. En general, ninguno estaba satisfecho con su suerte, y todos querían una

cosa mejor. Esta era quizás una manifestación de la ley del progreso que hace avanzar gradualmente a la humanidad entera hacia lo mejor. Pero frecuentemente las ideas de los niños son extravagantes. Los varones aman casi todos la carrera militar, a causa del uniforme de los oficiales. He conocido a

una joven de doce años que deseaba ser « cantinera o religiosa »: en este caso también, el vestido ejercía su influencia. Un día, un muchacho astuto y de bastante buen porte, declaró, con los puños puestos en las caderas, que lo que él prefería sobre todo (se había hablado de prefecto, de magistrado y de diputado), era ser.... conductor de un camión de sifones de agua de seltz... A aquel mozo le gustaba el ruido, y evidentemente, sobre los empedrados de París, ninguna situación está rodeada de un estruendo más infernal que aquella. Cada uno tiene sus preferencias. Pero entre los diez y quince años se cambia frecuentemente de ideas.

Ignoro lo que aquel muchacho ha llegado a ser, pero seguramente ha hecho ruido en el mundo.

Por mi parte, trabajaba y estudiaba, sin saber y casi sin buscar el porvenir que estaba reservado.



BIBLIOTECA ALFONSO X
 REYNOLDS (1874)
 U. A. N. I.

El domingo se pasaba con mis padres, y tuve ocasión de encontrar a veces en la fotografía a ilustres compositores de música tales como Rossini, Meyerbeer y Auber. El músico Lefébure-Wély era, según me parece, socio de la casa. Rossini me llamó la atención sobre todo por su aire de bondad, sus ojos espirituales y su boca glotona. Nacido en 1782, Auber era el más viejo de todos; enterró a sus dos colegas, porque vivió hasta 1871 y murió durante la Comuna, mientras que Meyerbeer, nacido en 1794, murió en 1864, y Rossini, nacido en 1792, falleció en 1864.

Libre los domingos, los aprovechaba para hacer algunas salidas por París, sea con mis padres, sea con mi hermana o sea con mi hermano y algunos camaradas. Mi hermana, que seguía mis trabajos y participaba de mis esperanzas, estaba aún más convencida que yo de mi futura llegada a una carrera intelectual. Buscábamos las grandes perspectivas y los recuerdos históricos, y cambiábamos nuestras jóvenes ideas sobre la naturaleza y la humanidad. Los muelles del Sena, los puentes, los Campos Elíseos y los alrededores del Arco de Triunfo cubiertos de montañas de tierra y absolutamente solitarios, eran nuestros paseos favoritos. Como he dicho antes, París terminaba entonces en las antiguas barreras, y se salía pronto al campo. Passy, Auteuil y Montmartre eran ciudades de provincia; sus soledades nos gustaban, cuando podíamos llegar a ellas. Pero me parece que nada nos atraía tanto como la vista del río llevando lentamente sus aguas hacia el mar, imagen del curso de la vida. La catedral, entonces rodeada de viejos muros del antiguo Hospital general construido a la orilla del Sena y de casas de otro

siglo, parecía una esfinge dominando la agitación y las miserias humanas. Algunas veces, bajo el peso de las reflexiones que nos asaltaban, no nos atrevíamos ni a hablar. Después, los reflejos plateados de la luna sobre el espejo moviente del Sena, prolongaban aun nuestra meditación, haciendo brillar bajo nuestra vista encantada los fulgores flotantes de la imagen celeste suspendida en el infinito, y pareciendo que desde lo alto de la catedral miraba la vida humana.

La estética belleza de los muelles del Sena, en París, y de la catedral en el Pont-Royal, es única en el mundo, no solamente por sus edificios históricos, por las torres feudales del viejo Châtelet y por el Louvre de Francisco I^o, sino también por el tono de luz antes de ponerse el sol. Este tono es debido a que, vistas desde allí, las nubes del horizonte reflejan la luz del sol al acostarse sobre el mar, más allá del Havre y de Jersey. Si en vez de correr el Sena de Este a Oeste, corriese de Sur a Norte, París tendría un aspecto mucho menos hermoso.

Con mi hermano y mis camaradas, las salidas tenían otro carácter diferente. Visitábamos los almacenes, nos iniciábamos en la vida práctica, nos mezclábamos entre la gente, se preferían las plazas públicas y nos íbamos a oír a Magin, sobre la plaza de Bolsa, perorando subido en un coche dorado, cubierto con un casco de plumas blancas y anunciado por un bombo tocado por un negro y vendiendo sus sólidos lápices. Tenía por concurrente un buen hombre célebre, no menos atractivo que, sin tambor ni trompeta, recogía buena cantidad de cuartos por un simple juego de agilidad: arrojaba las monedas lo más alto posible y tendía su enorme vientre para recibirlas,

BIBLIOTECA ALEJANDRINA
V. N. 1. 1

cayendo todas en el bolsillo de su chaleco. Para empezar una sesión, tenía siempre necesidad de veinte monedas de diez céntimos, y ni una sola caía fuera de su bolsillo. Otras veces formaba una pila con todas ellas poniéndolas en la extremidad de un bastón, y éste en equilibrio sobre la punta de la nariz, y, de un golpe seco, las hacía caer todas en su bolsillo. La vida pública tiene igualmente su encanto. No se puede vivir constantemente de ilusiones. En aquellos años lejanos, la gandulería era posible en las calles de París. La locomoción a vapor ha cambiado todo aquello.

Un día que ganduleábamos al lado de la puerta de San Dionisio, nuestro nervio olfatorio fué agradablemente impresionado por un olor delicioso, el de las galletas calientes que salían del horno, muy parecido al de los bollos de la calle de la Luna, pero de un husmo quizás más agradable. Éramos cinco, y nuestros pequeños estómagos estaban unánimemente dispuestos a hacer gran honor a la primera golosina que se presentase. La tentación era irresistible. Pero... rebuscando bien y volviendo y revolviendo nuestros bolsillos, no pudimos descubrir, entre los cinco más que una pequeña moneda de cobre: ¡sólo cinco céntimos! Pero aun así y todo, no desesperamos. Uno de nosotros, el más atrevido, se aproximó al « tío Coupe-toujours », que era sin duda un buen hombre y en cuya cara se reflejaba la más extremada amabilidad. « Señor, le dijo el embajador presentándole nuestra fortuna, ¿quisiera usted darnos cinco céntimos de galleta en cinco partes? » Desconcertado ante una tal proposición, el pastelero nos miró con ojos risueños, y después nos cortó gravemente cinco

pedazos de los que cada uno valía bien la suma entregada. Nos los comimos con voluptuosidad, y estoy seguro que el excelente « tío Coupe-toujours », que estaba aún más satisfecho que nosotros, debe ocupar hoy un puesto de primer orden en el paraíso de las personas honradas. En 1856, tenía yo catorce años, mi hermano tenía diez y nuestros camaradas se escalonaban entre nosotros. Creo recordar que el más joven de todos fué el que emitió y realizó aquella audaz proposición.

Enfrente de la tienda de los bollos y galletas, y a la izquierda de la puerta de San Dionisio había una peluquería con una muestra pintada que nos servía de diversión: representaba a Absalón enganchado por los pelos á la rama de un árbol y atravesado por la lanza de su enemigo Joab, y debajo una cuarteta que decía:

Passants, contemplez la douleur
D'Absalon pendu par la nuque!
Il eût évité ce malheur
S'il avait porté perruque.

A pesar de que mi cabellera era comparada con la de Absalón, no entré a hacérmela cortar en casa del chistoso peluquero.

De esta manera visitábamos París; pero aquellos eran recreos más bien raros, y solamente alguno que otro domingo por la tarde.

BIBLIOTECA ALFONSO X
REPOSICION DE LOS LIBROS
U. A. N. I.